

Corazón y fin del mundo

Toda una época queda clausurada en los dos o tres o cuatro segundos que le lleva a una laptop, la mía, caer desde un sexto piso y reventarse contra la vereda.

Jo.

Al principio se desploma en una parábola, y durante el trayecto la velocidad va absorbiendo el arco de la caída. Causa un poco de vértigo que al final la laptop vaya tan vertical contra el suelo. Puedo verla enderezar su rumbo como si tuviera una voluntad y me fuerza a arquearme hacia atrás, para alejarme de la ventana. En un momento es una masa sólida y definida, un rectángulo casi negro, cada vez menor, y de golpe se pulveriza frente a una mujer que paseaba con su madre, o frente a dos mujeres de distintas edades que miraban vidrieras juntas, no puedo saberlo. Saltan a un costado sólo un momento después. A la más joven se le cae una bolsa de compras al piso y se desparraman varios objetos, cilindros verdes y esferas verdes y otras formas naranjas y rojas y otras amarillas, pero no llego a entender qué son. Sólo distingo la extraordinaria belleza de las cosas en movimiento. El sonido del impacto, en cambio, resulta decepcionante: tardío, chato, fugaz. Un momento después, sobre la calle, empiezan a llover los fragmentos de vidrio de la ventana sobre las mujeres. Eso sí que resulta breve y también alegre, como si nevara. Aunque en todo caso ellas actúen como si lloviera: se cubren las cabezas, corren. Lo único quieto en la escena es la carcasa de la laptop. El resto está en movimiento. Los sonidos ascienden y se hacen más nítidos a mi altura. Sonidos que suben como olores. Acá es más fácil distinguirlos, por la cualidad del aire, y por ejemplo los vidrios: los escucho tintinear contentos. Por eso digo nieve. Porque hay una alegría. Los cristales reverberan cada vez que alguno toca el piso, y tardan un momento de más en asentarse en un silencio total. Por la ventana, empiezan a subir más sonidos nuevos, unos gritos que se desenrollan desde la vereda. Creo que hay algo blanco y rojo debajo del impacto. No estoy seguro de qué sea, pero resultan abstracciones preciosas. Por un momento todo eso está. Todo eso está. Y uno, entonces, empieza a ver el silencio.

Me retiro de la ventana y corro la cortina. Creo que nadie llegó a verme desde la calle. Cerrar la ventana no tendría sentido: ya no hay ventana. Me pregunto cuánto tiempo tengo de ventaja, cuánto les llevará descifrar que yo tiré un pedazo de silicona, fibra, titanio y litio desde un sexto piso contra un grupo de personas, y si eso, de alguna manera, constituye un crimen. Cómo puedo decirlo: me importa pero no me preocupa.

Voy sin planes desde este punto en adelante. Pero no muevo en ninguna dirección. El viento entra por el hueco que fue la ventana; la cortina flota como un vestido o como un fantasma ululante; ahora hay más luz y sobre todo aire. El sol entra por la ventana rota como si no hubiera pasado nada. Es cálido y amable y no tiene ni idea de lo que está en juego. Me digo que ya empezó todo y de golpe me siento agotado y vaciado y necesito sentarme. Solamente puedo dejarme ir al sofá, acomodarme donde mejor pega el sol, pensar que tanto mi laptop como el mejor trabajo de mi vida se fueron por la ventana.

Tengo ganas de acurrucarme indefinidamente en este sofá. Así es como me pongo a leer una novela gráfica pesadísima, de cuatrocientas nueve páginas: *Corazón y fin del mundo*.

Hay once días en la vida de Bernet que son un lapsus, o un sueño fugaz, y acaso también el momento más real y lúcido que le habrá tocado vivir.

Sabemos que Bernet trabajó esos once días como solamente puede dedicarse alguien

que se descubre atravesando el período más inspirado y significativo del resto de su vida, y que ese lapso de lucidez va a ser brevísimo y nunca va a alcanzarle para volcar y madurar toda la materia que espera ser entendida y capturada, y que a lo sumo deberá luchar contra el tiempo para acercarse lo más posible a una idea: una idea fija, continuada y duplicada sobre el resto de todas las cosas, pasajera, velocísima, demasiado lúdica para tomársela del todo en serio, pero a la vez como una avalancha de realidad sin digerir, un bolo real en estado primario, sin forma ni dirección salvo hacia abajo, hacia abajo.

Entonces Bernet cambia de estado y deja de ser una persona, se olvida de Bernet y se resigna a ser una manía unidireccional sin retorno posible. Lo que resulte de ese encuentro, sólo eso va a quedar fijado para siempre.

Nadie podrá decir que abandonamos a Bernet a su suerte, aunque entonces no tuviéramos manera de entender lo que le estaba pasando. Llegué a llamarlo veintiocho veces en esos días, y no fui la única persona. No me resulta difícil ahora imaginarlo en esos momentos, condenado a su propia suerte, con una remera arrugada (no sé por qué, es siempre la de barquitos) y los pantalones beige arrugados de tanto dormir con ellos. El tufo a Bernet debe haber sido indescriptible, como si Bernet se hubiera desencarnado a sí mismo en toda su gama de olores. El cuerpo de Bernet penetraba en todas las cosas; todo se convertía en Bernet. Me resulta fácil y hasta tierno pensar en cómo no escuchaba los timbrazos del teléfono, o cómo había olvidado a qué lo llamaban los timbrazos, y mucho más tarde, hablando con Luisiana, no Luciana, sino como un estado yanqui, por algo de sus padres inmigrantes, hablando con Luisiana, le inventé que no había estado preocupada, preocupada no, en todo caso me habría alertado que atendiera, algo demasiado importante le estaba pasando y tenía razón o no tenía razón, le pregunté a ella que se había enfermado de preocuparse, pero yo no, yo entendía algo que ella no, o lo sabía, cómo puedo estar segura. En todo caso, llamaba para asegurarme de que todo este proceso siguiera encaminado hacia lo que fuese que tuviera que llevarnos, y mientras tanto nuestro Bernet se mantenía olvidado de sí mismo, sin bañarse ni comer, con olor a pis en los muslos, a hongos en los pies, soltando la caspa sobre el teclado, enterrándola como arena por debajo de las uñas cada vez que se rascaba, si es que lo hacía, si es que no se había olvidado hasta de la piel, con una densidad adherida a los dientes día tras día, si es que aún tenía dientes, y el tufo acre y cerrado de axilas y ventosidades espontáneas y la cara oleosa, rasposa, pero por supuesto eso ya no era Bernet, ese es el punto de todo este relato, por dos semanas ya no hubo modo de hablar sobre la persona Bernet; como un hombre araña o un hombre mosca, él ya estaba mutando para siempre, y en el fondo (esto no se lo digo a Luisiana, que ella se haga la idea que quiera) por eso hasta fui a tocarle el timbre bajo el granizo y la lluvia, sintiéndome la última imbécil del planeta tierra, el planeta de las lombrices, con tanta pena por mí misma. Pero ni siquiera así volvió a hablarme.

Bernet deja de leer. Ya no consigue concentrarse a través de los gritos ni los timbrazos que suben desde afuera. Se levanta. Se vuelve a sentar. Pero no vuelve a encontrar la postura para acurrucarse como antes. La perdió. Entonces se limita a mirar hacia la ventana, fuente de todos los ruidos que entran. No podemos saber qué más pasa, o qué cosas piensa. Y no pasa nada más, salvo que acaricia el lomo de ese librazo. Algo de viento entra por la ventana, también. Entonces, asoma la cabeza por la ventana y los mira, y mira también los techos planos de un auto que estaciona. Luego retrocede a través de la cortina que flota como un fantasma o como un vestido y, con las dos manos, toma carrera y arroja con toda su fuerza el libro pesadísimo que estaba leyendo y que nunca terminó de leer. Lo mira aleteando en silencio como alguna clase de pájaro blanco y mortal en picada. Cuando escucha el paf sobre la chapa, por un momento se hace otro silencio perfecto. Bernet sonrío frente al vacío. Después hay gritos. Se

van haciendo más agudos. Los gritos son de otros. Los gritos son suyos. El aire en su cara lo hace sonreír. Una mueca hecha de puro silencio.

Francisco Cascallares
Mayo, 2014